

Después del nihilismo. De Nietzsche a Foucault

Martín Hopenhayn.
Editorial Andrés Bello
Santiago de Chile

Adán Salinas

Es posible que Nietzsche sea uno de los autores más complejos de analizar y comentar; y de un modo especial el tema del nihilismo. La pretensión de ingresar en momento inmediatamente posterior al nihilismo conlleva una dificultad doble; de esta dificultad es de la que se hace cargo Hopenhayn. Ahora bien, esta afirmación necesita ser precisada. El “después” al que se refiere el título de la obra hace referencia a un periodo histórico; pero la referencia más fuerte no es ésta, se refiere a un “después” filosófico. En definitiva, la pregunta que late tras la obra es: ¿qué queda para pensar después de haber sido planteado el nihilismo?

A la pregunta anterior muchos autores se han acercado y básicamente se han planteado dos tipos de interpretaciones. La primera de ellas pone el énfasis en la pasividad del nihilismo; y lo asume como un diagnóstico cultural muy acertado, desde el cual se debe reformular los planteamientos morales y culturales. El segundo tipo de interpretación enfatiza el momento activo y asume el nihilismo como el motivo central de una acción crítica y pragmática destinada a socavar los elementos de una voluntad de poder débil, todavía presentes en la cultura. La primera de estas interpretaciones adolece de asumir el nihilismo sólo tangencialmente, no ingresa mucho más en los planteamientos nihilistas ni toma en serio la potencia de sus postulados. La segunda, raya en el dogmatismo y hace del nihilismo un nuevo “fundamento”; al fin y al cabo, tampoco toma en serio sus postulados centrales. Nos encontramos, entonces, con una dificultad inicial al abordar el tema del nihilismo, y es que Nietzsche habla del nihilismo en sentidos diversos; y la diferencia que se ha establecido entre nihilismo pasivo y activo no ha sido lo suficientemente ahondada.

Hopenhayn parte desde una perspectiva distinta en el ámbito hermenéutico. El nihilismo debe ser constatado y asumido con toda la fuerza de sus postulados; pero, a la vez, con una libertad de reinvención que otorgan las noches transcurridas y una capacidad

hermenéutica nacida en los días desvelados al pie del muro berlinés, que ahora se vende en recuerdos de bolsillo. En suma, el manto de tragedia, que inicialmente el nihilismo arrojaba sobre el momento cultural, contiene algo de comedia, de humor negro, algo muy nuestro.

La obra en sí se divide en XIII capítulos; no obstante, es posible descubrir dos momentos en ella. En el primero Hopenhayn invoca los planteamientos nietzscheanos y convoca a dialogar sobre ellos a Heidegger, Vattimo, Habermas y compañía, Foucault, Lipovetsky y Touraine, principalmente. En concreto, establece un análisis muy certero respecto a la relación nihilismo-modernidad y cómo se prolonga dicha relación en la atmósfera cultural actual. La caída del muro de Berlín se vuelve icono de dicha atmósfera. El análisis es excelente, las citas muy bien escogidas; pero se trata de un diagnóstico ya presente en libros anteriores como en *Ni apocalípticos ni integrados*.

El segundo momento comienza a descubrirse con claridad a partir del séptimo capítulo: "Peajes para una secularización radical"; ya el título es decidor. Hopenhayn ingresa al reino de las apuestas, abandona el terreno del comentario. La idea es hacerse cargo de los costes de este tránsito; nuevos invitados llegan a dialogar: Bataille, Cioran, Sartre, Deleuze; los anteriores también se quedan, pero ahora hablará mucho más el propio Hopenhayn.

Dando el paso siguiente, es decir, tratando de otear entre las líneas de los últimos capítulos, se reconocen tres ideas fundamentales.

La primera es una subversión muy interesante de cierto hegelianismo subyacente a los planteamientos nihilistas. Me explico. Entre la muerte del Cristo y el nacimiento del zaratustra no hay nada. Sin embargo, ésta es una afirmación que olvida a los hombres mortales, a los que viven el curioso tiempo de la no historia entre el Cristo y el zaratustra. El esfuerzo consiste, justamente, en asumir el nihilismo y mirar la atmósfera presente desde dicha existencia cotidiana. Es decidor el opúsculo II titulado "La felicidad dentro y fuera de la caverna". Se trata de un planteamiento a la vez ético y existencial. Reformulemos entonces la pregunta que hemos sugerido como trasfondo de la obra. ¿Qué nos queda para llevar a cabo nuestra vida, a nosotros los hombres mortales, después del nihilismo, antes de lo que sea halla de venir? De esta manera hay que entender la *reinvención del sujeto*. Hopenhayn abre algunos intersticios en esta nada: la diferencia, la perspectiva, la transgresión; el autonombrarse como epifanía.

Una segunda idea es interpretar la voluntad de poder como voluntad de invención. En efecto, si a partir de Nietzsche la voluntad de poder es el eje que explica el devenir de la realidad, el desarrollo de la historia y la existencia concreta de los hombres mortales de ayer y de hoy; la voluntad de invención creación, autoproducción puede ser eje de una reinversión del sujeto. El perspectivismo presente en toda la obra cobra ahora una importancia mayor. Hay una especie de “urget” existencial para los hombres mortales, una necesidad de reinventarse. Lo que distingue este planteamiento del relato emancipatorio moderno es que se realiza desde un sujeto fragmentado y hacia el horizonte de la contingencia y de la finitud. Se trata de una necesidad que se arrastra desde el traspaso de la modernidad; pero se vuelve pregunta ahora, en plena resaca de los hombres mortales.

Como una tercera idea importante se puede destacar una reinterpretación del eterno retorno como libertad de reinversión a partir del significado. Es decir, un retorno eterno, pero selectivo; se trata de una revaloración del tiempo como instante y el rescate de los instantes pasados a partir de sus significados. La apuesta no consiste en reconstruir un *ethos* presocrático, la areté olímpica o la teogonía germana. El desafío es reinventar el instante a partir de dichos significados, antiguos y nuevos. La idea es cargar de sentido lo contingente como expresión de una secularización radical.

Desde otra perspectiva, totalmente distinta, es necesario hacerse cargo de las promesas del propio Hopenhayn respecto a la obra. Se trata del imperativo de la introducción. A este respecto el autor señala, con bastante certeza y honestidad, la empresa en la cual se embarca: asumir el nihilismo no como una función que se observa desde el palco de la historia, sino desde la perplejidad del hombre mortal involucrado en la tragedia. La reinversión del sujeto no puede ser pensada como un revivir del pensamiento moderno o del sueño iluminista, sino como un desentrañar caminos de existencia lúcida en medio de un terreno desprovisto de valores estables o creencias perennes. Hopenhayn declara intención de “*tender puentes entre mi subjetividad y la de quienes comparten esta perplejidad*”. Esta promesa introductoria se cumple satisfactoriamente, pero contiene la dificultad del *interlocutor válido*, es decir, de quienes comparten esta perplejidad del modo en que la entiende y expresa Hopenhayn.

Conectado con lo anterior, promete un texto no erudito o, a lo menos, no destinado a un lector erudito. Pero, a la vez, supone bastante lectura y comprensión de autores como los ya mencionados. El libro no es una suma o un tratado, de acuerdo. Se sustenta en un lenguaje poético y alegórico muy bien logrado, pero no es un libro

introdutorio ni develador. Requiere una perplejidad, cierto; pero una perplejidad más que informada. Yo diría, bastante leída, reposada y aguda e, incluso, con algo de traspasado en el cuerpo y en la mente.

Aparece como una obra que abre caminos y deja atrás el "a priori" depresivo tan común en quienes hacen el esfuerzo de asumir el tema del nihilismo seriamente. Propongo para su lectura invertir un poco el orden en el que está estructurado el libro. Primero la introducción, luego los dos opúsculos, pensando que corresponden a los dos momentos de la obra que hemos señalado, respectivamente; por último, seguir con los capítulos en orden normal. Ideal sería acompañar dicho itinerario con un paseo.